

Sobre un viaje a Motilonia

About a trip to Motilonia

Francisco González Cruz.^{1, *}
Universidad Valle del Momboy (UVM)
Trujillo – Venezuela
E- mail: 1gonzalezf@uvm.edu.ve

A manera de preámbulo

Grata sorpresa al recibir de una estimada colega un viejo texto, que tenía olvidado en la memoria de los tiempos fundacionales de la Universidad Sur del Lago. Recorriamos la ancha y generosa geografía surlacustre conociéndola y aprendiéndola a amar, para sostener la planificación de lo que debería ser una universidad comprometida con su entorno. Recorridos insólitos para una persona nacida en La Quebrada Grande, un pueblecito acurrucado al pie de la Teta de Niquitao, en los Andes Trujillanos. Anchos horizontes, ríos inmensos, llanos esmeraldinos, selvas cálidas y húmedas de árboles gigantescos y tupidos sotobosques, pueblos de casas dispersas y un calor inmenso. Gente de variado color y diversas maneras de hablar, costumbres distintas como si la biodiversidad se trasladara a la sociedad. Fue una pasantía de dos años intensos, que abrieron mi mente y mi corazón a realidades tan distintas a las querencias del lugar natal. De allí nació el diseño inicial de UNISUR -Universidad Sur del Lago- y un libro a dos manos con Elías Méndez (El Sur del Lago de Maracaibo, una visión integral y propuestas para su desarrollo). Y unas cuantas crónicas, algunas recogidas, otras olvidadas y otras recatadas como esta de un viaje a la Motilonia y al encuentro con los Bari, lugares que hoy están en peores condiciones que en aquellos tiempos y una población que aún espera justicia.

El rimbombante nombre del Puerto Catatumbo se le da a un atracadero de canoas que queda debajo del Puente Catatumbo, en la carretera de Machiques-Colón. Es el lugar de transbordo de personas y mercancías que vienen por los caudalosos

Catatumbo, Río de Oro o Intermedio, a ambos lados de la frontera colombo - venezolana. No tiene ninguna infraestructura y las largas canoas, que constituyen el único medio de transporte hacia La Motilonia y toda esa extensa zona, encallan en la arena de la orilla y son amarradas al tronco de cualquier arbusto. El movimiento de los pasajeros y la carga (plátanos, maíz, gasolina, pescado, etc.) se hace con suma incomodidad.

Puerto Catatumbo era muy dinámico pero luego de la devaluación del bolívar el comercio se vino abajo. Ahora son unos cuantos ranchos sin servicio alguno.

Desde este sitio a las 9:30 de la mañana, partimos río arriba en la canoa de Idelfonso Carmona, un perijanero que ocupó un pedazo de tierra en la margen izquierda del río Intermedio y lo cultiva con ayuda de medianeros colombianos. Nos dice que es el único nativo de Venezuela (no indígena) que ocupa un trozo de esa frontera. El grupo de viajeros está acompañado por dos efectivos de la Guardia Nacional, el Distinguido Marco Tulio Montilla y el Cabo Héctor Reyes Escalante. Además el profesor Noé Montiel, Mayra Medina, Lesbia Leo y Francisco Javier González.

La canoa de medio metro de ancho y unos diez metros de largo, hecha de un tronco, es impulsada por un fuerte motor fuera de borda que soporta los ocho pasajeros y la pesada carga. El río es muy ancho y en esta época está muy bajo por la larga sequía. Muchos bancos de arena se disfrazan bajo el agua y el canoero los sortea con pericia de baqueano. Árboles que la última crecida arrastró se atraviesan, anclados, en el cauce.

A una hora de viaje llegamos a La Boca, donde desde hace 14 años vive una familia colombiana. Ninguno de sus seis hijos va a la escuela y ni la señora ni los niños saben leer ni escribir. Viven del cultivo del plátano y maíz, de la pesca y a veces de jornaleros en la finca ganadera vecina. En la casa no hay agua potable, ni servicios sanitarios. Tiene una planta eléctrica de gasolina.

Seguimos el viaje y al mediodía llegamos donde Amadeo, último sitio que también tiene acceso por carretera. Allí hay una bodega que surte de víveres a una gran área de influencia. Amadeo es un hábil comerciante que recorre diariamente la

cuenca alta y media del Catatumbo en su canoa, la más grande de la zona, capaz de transportar más de 10.000 kilos. Vive con una cucuteña y sus diez hijos. Tampoco aquí hay servicios y ninguno va a la escuela. La bodega está situada al borde del farallón que cae al río al final del “camellón del IAN”, nombre que se le da a esta vía de penetración que viene desde la Machiques – Colón. Es esta zona un asentamiento campesino, donde casi todos los parceleros son colombianos, la tierra es mala y sólo permite el crecimiento de una paja dura y rala.

Seguimos río arriba y ahora, de trecho en trecho, debemos echar pie al agua para empujar la canoa en donde el río se adelgaza demasiado. El agua es limpia y de agradable temperatura. El espejo refleja la selvática vegetación de las orillas y deja ver la variada fauna de su cauce. Garzas blancas y morenas levantan a nuestro paso su perezoso vuelo.

A las dos de la tarde entramos en La Pista, pueblo colombiano de esmirriado aspecto, cueva de bandidos y centro de abastecimiento para todo Río de Oro e Intermedio. Tiene una sola calle terrosa que luego se alarga en carretera hasta Tibú. Casas de madera, negocios de vacíos estantes, calor húmedo, cerdos osando aquí y allá. Compramos café, panela, arroz, sal y una botella de ron y bajamos de nuevo al río.

De aquí en adelante el cauce del río, que ya ha tomado el nombre de Río de Oro, se estrecha y se hace más profundo. Toma un color oscuro por lo que el espejo del agua se hace más nítido, reflejando los farallones ribereños cubiertos de helechos, orquídeas, lianas y toda la lujuriente vegetación tropical. Cruzamos las primeras estribaciones de la Sierra de Abusanquí, estratos plegados mirando al este. A un costado, en la margen izquierda, encontramos a Frontalia, un campamento del ejército venezolano donde los treinta y dos efectivos lo único que hacen es contar los cuarenta y un día que les toca servir allí.

Más arriba nos topamos con los primeros motilones, de color ceniza, que pescan con sus largas flechas paletones y doncellas. A la izquierda, margen derecha del río, subimos de nuevo a la ribera colombiana para visitar la cooperativa Los

Motilones o Coobari, en Shapadana, una organización de comercialización para los Barí que cumple una gran labor de intercambio en ambos lados de la frontera.

A golpe de 5:30 de la tarde llegamos al fundo de Idelfonso, el canoero. Dos familias colombianas nos dan la bienvenida, café caliente y una amable señora se pone a echar arepas que comemos, ávidos, con mortadela rancia. Allí cultivan cacao que venden a buen precio en la Coobari. También siembran plátano y maíz.

Los amagos de lluvia y de oscuridad nos obligan a seguir rápidamente río arriba. Ya estamos en Río Intermedio y los raudales hacen más difícil la navegación. En un punto denominado La Báculo, tenemos que empujar largo trecho la canoa. Cae la noche y solo la habilidad de los baquianos (ahora van dos) nos llevan al lugar de destino, Boksy, donde llegamos casi a las ocho de la noche.

Nos reciben muchos niños y algunos adultos. Subimos al poblado y tres monjas de la congregación Laura (colombiana) nos atienden. Luego de la presentación nos ubican en el dispensario y en la sastrería. Conversamos un rato y luego de un buen baño en el río nos entregamos al sueño.

A las seis de la mañana un campanazo despierta a la comunidad. Un desfile de niños vestidos de azul y blanco y de adultos bajan al río a desperezarse. Luego una caravana lleva plátanos, yuca y algunas artesanías a la canoa, que se apresta ir río abajo para llevar encargos y enfermos a Machiques y traer al Padre Gregorio y a la Madre Adelina, directores de esta comunidad.

En la cocina nos atiende Ana Aranda quien nos sirve un rico café. Es una recia bumanguesa, viuda y sin hijos pues allá en Coloncito se los llevó la disentería, luego nos presentan a Alonso Añandou, el Cacique del grupo, con quien entablamos una larga conversación.

Boksy, que quiere decir “Río Tranquilo”, tiene 200 habitantes que residen en unas 42 casas agrupadas alrededor de una gran plaza que sirve de campo de juego y reuniones de la comunidad. La plaza la preside una especie de bohío redondo, con alto techo en forma de tapara que pretende imitar una construcción indígena, pero que el zinc le da un aspecto grotesco. Las construcciones inmediatas a la plaza son de bloque, cemento y techo de lámina y están destinadas a residencia del Padre y las

monjas, a la cocina, comedor, dispensario, sastrería y residencias de algunos indígenas solteros. Las más alejadas son de madera, caña brava y palma, con piso de tierra y allí viven las familias casadas.

La comunidad está sometida a la disciplina que imponen los religiosos. A las 6:00 a.m. levántase y aseo personal. Luego el desayuno, a las 9:00 a.m. salida a los conucos y los niños a la escuela, a las 12:00 m los niños almuerzan y en la tarde hacen las tareas de limpieza, a las cinco regresan los adultos. Las mujeres, luego de un descanso, van a aprender corte y costura y artesanía. Se hacen reuniones, se conversa y se cena a las 7:00 p.m. A las 9:30 p.m. se apaga la planta eléctrica y todo queda a oscuras y en silencio.

La mayoría de los adultos son casados. Desde que nacen ya saben con quién harán pareja, pues la familia cuida que no hayan nexos de consanguinidad muy cercanos. A los trece años el hombre busca a la muchacha y le pone casa, sin más ceremonia. Los religiosos están pendientes de casarlos luego por la iglesia. Tienen muchos niños.

Siembran maíz, plátano, yuca, caraota y otros rubros que en su mayoría venden en Colombia, en la Coobari. *“Casi no vendemos en Venezuela por muchos problemas con la Guardia Nacional. Nos decomisan los plátanos y nos llevan presos a Casigua. Una vez bajamos con maíz y antes de llegar a Puerto Catatumbo nos dispararon: ¡Contrabandistas! ¡Sinvergüenzas! Vayan a ver las sementeras en la Misión, esto es cosechado por nosotros. No quisieron ir. No nos creían ni una palabra. Esto no terminará nunca, hasta que me muera. Eso no se quita nunca”*.

Para poder vender en Venezuela deben informar a la Guardia Nacional, ésta hace un censo de lo sembrado y estima la cosecha. Cuando está a punto, buscan una guía en Casigua y la Guardia controla la cantidad vendida. No pueden sembrar mucho porque no dejan pasar grandes cantidades.

Otro problema es la identificación: *“cédula, yo no la necesitaba”*, dice Alonso, *“pero la monja dijo que la sacara y luego de un día de viaje llegamos a la Villa del Rosario y en la identificación me dijeron “Los motilones que se pongan guayuco” y no la pudimos sacar. Puro insulto y desprecio”*.

Boksy es una de las comunidades Bari, integrada por unas cuantas familias: Sabaseba, Mandau, Taktasa, Carabodao, Añandau y otras. Los Bari son en total unas 2.000 personas que ocupan una superficie de 1.470 kilómetros cuadrados, asentados en las siguientes comunidades, además de Boksy: Obdabia, Ischirabayira, Orokoricay, Yera, Dekuma, Somemé, Saymadoyi, Aragtobá, Barandanko, Bachichida y Kugdayi ubicadas en zona de reserva; fuera de ella están Campo Rosario, Primavera, Altamira, Santa Rosa y Yebachi. Son de origen Arawaco, aguerridos, feroces, hábiles con la flecha.

Ocupaban una gran extensión de territorio pero una campaña de exterminio casi los aniquiló y aventó a esta zona lejana. Las compañías petroleras y los primeros hacendados electrificaban las cercas, donde amanecían electrocutados los que se acercaban a buscar alimentos o a fustigar al invasor. Partidas de caza de indígenas se realizaban hasta fecha reciente.

Boksy en imágenes, 08-04-1985



